



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

UN VIAJE POR EL CAMPUS

Judit Lorente Arencibia



DIPLOMA 2011

“Un viaje por el campus”, un relato de *Pekfir*

Si a alguien se le ocurriera la semejante idea de preguntarme si me considero universitario, tan solo por el simple hecho de ser un bolígrafo, respondería sin titubear que lo soy, pues he dejado mi tinta en cada paso que he dado, en cada minuto que he pasado en esta universidad o, mejor dicho, en estas facultades.

Empecé en la Facultad de Derecho. Me sorprendió la facilidad con la que me acostumbré a esa nueva etapa de mi vida que comenzaba a abrirse camino en septiembre de 2009. Las asignaturas eran densas y, en parte, difíciles. En las clases, tomaba apuntes relacionados con la legislación y con la historia de la abogacía. *Elemental, querido Watson*. Me fascinaba cómo el profesor de “Historia del derecho” recordaba el nombre de todas las leyes que se recogían en aquel libro gordísimo que iba en la mochila, de casa a la universidad, de la universidad a casa, muchas veces, incluso sin salir de la mochila.

Después de varios meses yendo a clase, descubrí que íbamos a examinarnos de la materia que nos habían enseñado. La verdad es que estaba ansioso, tenía ganas de que llegaran los exámenes de febrero para demostrar que me lo sabía todo. Había estado estudiando desde hacía tiempo y había repasado, además, durante los últimos días antes de la fecha del examen. Necesitaba plasmar en la hoja en blanco todos los conocimientos que había ido adquiriendo durante casi seis meses, seis meses repletos de responsabilidad y de constancia, seis meses en los que había conseguido adaptarme a esa nueva forma de dar clases. En ese primer semestre había aprendido mucho y quería demostrarlo.

Llegó el día esperado. Estaba muy nervioso. Iba a ser el primer examen de toda la carrera. Pero, como un valiente, me puse delante de las preguntas y conseguí responderlas. Las manos de mi dueño temblaban y hacían que mi cuerpo bailara salsa. No dejaba de sudar. Las gotas resbalaban por mi cintura y, a veces, llegaban a dejar un rastro casi imperceptible en la hoja en que estaba escribiendo.

Para celebrarlo, fui a la cafetería. Sí, a la cafetería: un lugar muy frecuentado por estudiantes universitarios ya tengan horas libres o clases. A pesar de que yo no pasaba por allí muy a menudo, ese día me quedé unos minutos, unas horas... un día entero. Sara, la muy despistada, se olvidó de

mí y me dejó encima de una mesa de la cafetería. Por tanto, jamás supe qué nota saqué en ese examen.

A partir de febrero, empecé a ir a clases con Pedro, quien me había recogido de aquella mesa y me haría formar parte de un mundo un tanto diferente: el mundo de la Informática. No tenía nada que ver con la carrera anterior. Aquí los apuntes estaban llenos de garabatos, de figuras extrañas, de ceros y unos. Al principio no entendía nada, pero poco a poco comprendí que mi función ya no era la misma que la que tenía en Derecho: ahora solo me paseaba por la facultad, sin anotar nada, sin retener información, sin tener la oportunidad de hacer valer mis conocimientos. Sentado delante del ordenador, Pedro me hacía dar vueltas y vueltas en su mano izquierda. Me impulsaba con el dedo corazón y me hacía rodar alrededor del pulgar. Una y otra vez. Una y otra vez. Así hasta que llegó el día del parcial de “Sistemas digitales”, día en que abrió mi tapa y vio por primera y última vez la tinta que derramé sobre el papel.

No sabía lo que hacía. No recuerdo dónde estaba. Solo recuerdo el zumbido de la música en mis oídos, el ritmo del baile en mis pies. Copas, juegos, alcohol, amistades nuevas... la tinta y la alegría corrían por mis venas. Esto no era estudiar. Era mucho más divertido. Me hacía sentir diferente, como en un ambiente distinto. Era algo mágico, aunque me dolía mucho la cabeza. Lo recuerdo como un flash, como luces intermitentes sin contornos definidos. ¿Qué diablos había sido eso? Días más tarde, descubrí que me había perdido en la “fiesta del vaso”.

Lo siguiente que recuerdo es aparecer en un lugar totalmente distinto. Aquel sitio no tenía ninguna relación con Informática. Bueno, en parte sí, porque allí también se usaba un lenguaje específico. Pasé del lenguaje de programación al lenguaje de los ingleses y de los franceses. Sí, comencé a estudiar dos lenguas extranjeras: el inglés y el francés. Cuando empecé, pensaba que lo que escribía Marina, mi nueva dueña, no tenía sentido. Anotaba palabras sueltas, incoherentes, inconexas, sin sentido. Sin embargo, cobraban vida cuando se leían en voz alta. Finalmente, acabaron por adquirir un sentido completo cuando me di cuenta de que estaba estudiando “Interpretación consecutiva”. Es decir, estaba en la carrera de Traducción e Interpretación y las clases, asombrosamente, me parecían divertidas. Marina no paraba de escribir en ningún momento. Los dibujitos que llenaban su cuaderno de toma de notas y su sistema me hacían feliz. Confieso que también nos ayudaron mucho las clases de “Lengua española”, en las que reforzábamos nuestra

lengua materna y corregíamos esos errores que antes cometíamos con mucha facilidad. En cierto modo, parecía que esta carrera me estaba empezando a gustar.

Desafortunadamente, nunca llegué a saber qué era un examen de “Lengua española”, ni de “Interpretación”. En cambio, sí descubrí lo que era presentarse a un examen de Educación Física. En junio, bajo el sol del verano, me presenté a un examen práctico. Solo tenía que responder una pregunta: realizar una sesión de entrenamiento de media hora para niños entre 8 y 10 años. Así que Gustavo y yo nos pusimos manos a la obra y activamos nuestra habilidad para dibujar, nuestro pulso y, sobre todo, le dimos rienda suelta a nuestra imaginación. Gracias a ello, recibí mi primera nota como universitario: un NOTABLE. Durante esos meses atrás, no había aprobado ninguna asignatura, no había conseguido rellenar una casilla de mi expediente académico. Ahora, ya era universitario de verdad.

(Pero no nos paremos aquí. Quiero asegurarme de que dejó claro mi estado de “universitario”, estado espero sea transitorio)

Era universitario. Sí. Tenía una asignatura aprobada. Pero, no. No me duró mucho la alegría de ese aprobado. El gusto por el deporte se esfumó en menos que canta un gallo mudo. Julio, aburrido. Agosto, más aburrido si cabe. ¡Septiembre! ¡Qué alegría! Ese mes fue muy movidito. Sí, el mes de las repescas, de las asignaturas pendientes, de los “retakes” y de estar en “rattrapage” (como dirían en inglés y en francés, respectivamente), de las recuperaciones o, incluso, el mes de *limpiar asignaturas*. No sé por qué a la mayoría de los estudiantes no les gusta este mes, a mí me encantó. Pude disfrutar de muchísimos exámenes. No me acuerdo de todos ellos porque cada vez que hacía uno, Pepito o Fulanita se olvidaban de mí y, más tarde, Fulanito y Pepita me recogerían para, una vez terminado el examen, dejarme olvidado en algún lugar de la facultad.

Así, mi desorientación me condujo a otra facultad: la de Veterinaria. Silvia logró hacerme comprender, tras varias semanas de prácticas, que el olor de los animales era solo un aroma que llenaba la brisa del campo. Febrero, dulce febrero. ¿Dónde quedaron las aulas? ¿Dónde estaba aquella mesa donde podía reposar cuando estaba cansado? Ahora todo se estudiaba alrededor de los animales, al aire libre. La compañía de los animales era un regalo que me alegraba cada día. Desde los lametazos de los gatos hasta los pequeños mordiscos de los cachorros, pasando por las pataditas de los baifos.

Un día fuimos al hospital para ver una operación, pero no llegué a verla. Silvia me soltó un instante en la entrada y María, una estudiante de Medicina, me agarró con las manos temblorosas para anotar en su libreta de prácticas: "Dos unidades más de sangre y una más de suero". Acaricié la idea de entrar en esa carrera, quería saborear lo que se sentía cuando se salvaba la vida de una persona, cuando se hacía el bien sin esperar nada a cambio. Pero, como ya dije, tan solo fue una caricia porque, aunque no sea muy recomendable, la mayoría de los médicos son muy despistados. Y María iba por el camino.

Siguiente parada: Arquitectura. ¿Que cómo llegué hasta allí? Un misterio. Este lugar hizo que me acordara de los meses que había estado en Informática. Había vuelto a Tafira para estudiar algo más que letras y números, algo diferente. Había llegado la hora de volcarme en el mundo de los alzados, de los edificios, de las maquetas, de los proyectos. Recuerdo que las mesas eran enormes. También me acuerdo de tener muchísimos compañeros. Está claro que no los conocí a todos, pero tuve la oportunidad de hacer buenas migas con Regla, una gran compañera y amante. Era muy calculadora. Le encantaba medir cada paso que dábamos juntos, calibraba si las líneas que trazábamos en nuestras vidas cumplían con las normas que aparecían en el reglamento del amor. Estaba locamente enamorado de ella.

Cada día que pasaba con ella era un sueño. Podíamos estar noches en vela terminando los proyectos, tiritando de frío bajo la luna mientras, abrazados, pedíamos que se nos concediera una tregua. Éramos capaces de hacer que el tiempo se parase con solo dibujar un reloj sin manecillas, sin agujas que marcaran la hora en la que debíamos decirle adiós a esa historia que habíamos creado ella y yo, dentro de aquel estuche. Solos ella y yo.

Necesitaba darle forma de palabras a lo que sentía por Regla, pero no sabía cómo hacerlo. Jonás sabía mucho sobre delinear y diseñar casas, pero poco sabía de letras y canciones de amor. Había un vacío en mi interior que gritaba con micro y megáfono que alguien me llenara.

Un amargo día de marzo, me separaron de Regla. Jonás me llevó a manos de una escritora. Mejoré mi caligrafía, recuperé mi imaginación, conseguí empezar a escribir de nuevo. Llevaba tiempo sin ver fluir mi escritura, sin apreciar la creación de nuevos personajes, sin construir nuevas vidas, sin observar que mi fantasía había vuelto a crear ilusiones, a dibujar historias que no existían hasta ahora.

Ahora estoy aquí, en la biblioteca de la universidad, envuelto en los dedos de una escritora que no puede estudiar. Me sujeta con los dedos índice y pulgar y me golpea contra el anular como si fuera un tic. No se puede concentrar, le pasa algo. Parece que quiere contármelo.

Acerca su mano a la boca y me desnuda con sus labios. Quisiera saber lo que siente. Entrar en su cuerpo y preguntarle a esas mariposas que merodean por su barriga el porqué de esas mejillas enrojecidas. ¿Por qué, mi querida compañera? ¿Quién te hace gastar mi tinta en estas hojas? Y, de repente, se desnuda ante mí ella también. Deja que sus pensamientos fluyan y muevan su mano derecha para que me cuente lo que le ocurre. A través de las líneas reconozco la situación...

“Desde el momento en que lo veo por la mañana en clase, mi mundo se convierte en un paraíso. Es como una película que no tiene guión. Me gustaría que mi vida tuviera uno. Así sabría cuáles son los pasos que debo dar y cuáles no. Todo él me enamora. Su sonrisa de niño pequeño hace que mi corazón lata al ritmo de una canción. Sé que es feliz. Y soy afortunada por poder verlo. Mi mirada escala esa nariz única que tiene. Al llegar a sus ojos, grandes y marrones, me sumerjo en ellos y nado como si fuera a contracorriente. Me agobio. Me pregunta el profesor. No he escuchado. ¿Cuál era la pregunta? No me la sé. Boli, ayúdame. No puede ayudarme. Cierro los ojos. Me muevo en la silla. Golpeo el bolígrafo contra la mesa. ¡Qué vergüenza! Me pongo roja. No contesto.”

Es exactamente lo que me pasa a mí con Regla. ¿Dónde estará ahora? ¿Vendrá Jonás y nos reunirá de nuevo? Ojalá. Raquel, la escritora, sabe que ha merecido la pena. La prueba de los 100 metros libres le ha servido para comprobar que él es EL chico. Él es quien hace que el tiempo se pare y que las manecillas del reloj no marquen las horas y que los momentos a su lado sean eternos; y ella es la que sabe que se siente impaciente cuando no lo ve, no lo tiene cerca, no lo escucha, no lo acaricia, no lo siente.

Y hasta aquí he llegado. Aunque tenga muchas ganas de seguir escribiendo y contando esta extraña vida universitaria que me ha tocado vivir, no me queda tinta para continuar. He disfrutado mucho de este viaje cultural tan divertido. Regla me ha enseñado a mirar con perspectiva, con una visión más calculadora. Sin embargo, mi amiga, la que ahora me sostiene para poder terminar este relato, me ha enseñado a mirar la vida con las gafas apropiadas. Yo ya he conseguido las de mi graduación. Y creo que veo a Jonás... su estuche... y saliendo un poco por la cremallera...

¡Regla!